

batalla, le hiciera caer en los lazos de la política de Tilsit nuevamente. Mrs. Araktebejef, Armsfeld, Stein, todos los consejeros rusos ó alemanes, que despues de la salida de Wilna fueron á aguardar á Alejandro á San Petersburgo, le rodeaban, le tenian por decirlo asi asediado, y no le hubieran consentido una resolucion en discordancia con sus pasiones. Un gran refuerzo de influencia hallaron en lord Cathcart, el general que habia mandado al ejército británico delante de Copenhague, y que iba á representar á Inglaterra en San Petersburgo, despues de la paz de esta potencia con la corte de Rusia.

Esta paz se habia celebrado en un momento, inmediatamente despues de la ruptura de las hostilidades; pero no antes, segun habia prometido á Mr. Lauriston el emperador Alejandro. Pactóse entre Mr. de Suchtelen representante de Rusia, y Mr. Thornton, agente inglés enviado á Suecia, y se estipuló el concurso de todas las fuerzas de las dos naciones para el éxito de esta guerra. Lord Cathcart llegó tan luego como la paz quedó firmada. El lenguaje de este embajador y de los consejeros alemanes, apoyado por el príncipe real de Suecia, consistia en decir que en esta guerra no se triunfaria sino á fuerza de perseverancia, que se perderian batallas sin duda, una, dos, tres acaso, pero que bastaria ganar una sola, para que los franceses quedaran destruidos, avanzados como se hallaban en el interior del imperio. Alejandro, que se sentia herido en el fondo del alma por el modo altanero con que Napoleon le trataba de dos años á esta parte, por la insensibilidad visible con que sus aberturas de paz habian sido acogidas, se hallaba decidido, ahora que la guerra

estaba empeñada, á no ceder y á resistir hasta el último extremo. Tenia confianza en el sistema de retirada continua, habia comprendido su trascendencia y queria seguirle, sin caer en la inconsecuencia de que actualmente daban ejemplo sus compatriotas. Con efecto, al par que se prevalian cotidianamente de la ventaja que habia de producirles su retirada á las profundidades del imperio y atraer allí á los franceses, no se prestaban entretanto á todos los sacrificios que este linage de guerra imponia. A la verdad se necesitaba resignarse á una especie de humillacion pasagera, la de retrogradar de continuo, y ademas á pérdidas crueles, porque no eran solamente las desgraciadas ciudades de Esmolensko, de Wiasma, de Ghjat, las que padecian las consecuencias de esta táctica ruinosa, sino tambien los señores propietarios de las granjas y de las aldeas, situadas al paso de los franceses, en una zona de doce á quince leguas de anchura. En toda esta region no quedaban mas que cenizas, porque lo que los franceses salvaban de las llamas, de seguida quemábanlo ellos mismos por negligencia; y por una contradiccion singular, cuando se debiera comprender la necesidad de estos sacrificios, y de aplaudir á los generales que dirigian la retirada, destruyéndolo todo sobre su camino, se les llamaba cobardes ó traidores, que no se atrevian á mirar de cara á los franceses, y que tenian por mejor oponerles ruinas que sangre.

Habiendo cesado Alejandro de ser responsable de la direccion de la guerra desde su ausencia del ejército, sobre el infortunado Barclai de Tolly recaia todo lo odioso de los últimos sucesos militares. Haber perdido á Wilna, á Witebsk, á Esmolensko

sin batalla, estar en retirada sobre el camino de Moscon, entregar el corazon del imperio al enemigo sin inmolar millares de hombres, era un crimen, una traicion verdadera, y las masas al pronunciar el nombre de Barclai de Tolly, que no era ruso, decian que no habia por qué asombrarse de tantos reveses, pues todos los extrangeros al servicio de Rusia la hacian traicion, y que así era menester deshacerse de ellos. Este grito popular resonaba, no solo en el ejército, sino en las ciudades y en los campos, y sobre todo en San Petersburgo. A los exaltados se habian unido los envidiosos, para denunciar á Barclai de Tolly como autor de la catástrofe de Esmolensko. ¿Y qué podia allí el desventurado? Nada, segun se ha visto. Habia sacrificado doce mil rusos para que esta pérdida no se consumara sin una copiosa efusion de sangre, y su yerro, caso de que lo hubiera, consistió en hacer este sacrificio, porque Esmolensko no era capaz de formal defensa. Sin embargo, fuerza es que en las desgracias públicas resulte alguien culpado, y la muchedumbre escoge á menudo por víctima al valeroso y buen ciudadano, al solo que sirve á su pais con provecho. Estas miserias no son peculiares de los Estados libres, sino que tambien corresponden á los Estados donde hay masas ciegas, y tantas existen por lo menos bajo el despotismo como en cualquier parte.

De consiguiente Barclai de Tolly estaba perdido. Hasta las personas sensatas opinaban por sacrificarle, al ver el desencadenamiento de que era blanco, y la insubordinacion que en el ejército resultaba de todo. En medio de este delirio habia un nombre que andaba de boca en boca, y era el del

general Kutusof, este veterano tuerto, á quien el almirante Tchitchakoff habia reemplazado junto al Danubio, que anteriormente perdió la batalla de Austerlitz, y que sin embargo, por su nombre esencialmente ruso, y por su cualidad de antiguo discípulo de Souvarov, habia llegado á ser el favorito de la opinion pública. Lo singular es que se ignoraba que la batalla de Austerlitz se habia perdido á pesar suyo, pues el público no sabia que habia aconsejado no darla; pero la pasion no necesita de buenas razones: siempre es ella la mejor razon por sí propia. Conviene añadir no obstante, que Kutusof habia restablecido las cosas de los rusos en su última campaña contra los turcos, y que, á pesar de sus setenta años, de estar completamente gastado por la guerra y por los placeres, de modo que apenas se podia tener á caballo, y de ser profundamente corrompido, falso, pérfido, embustero, tenia prudencia consumada, arte para imponer á los hombres, como es necesario en tiempos de pasion, hasta el extremo de haber llegado á ser ídolo de los que anhelaban la guerra de batalla, aun siendo él partidario acérrimo de la guerra de retirada. Pero nadie le aventajaba en el don de cautivar los ánimos, de dirigirlos, de dominarlos, fingiendo pasiones que no tenia, de oponer á Napoleon la paciencia, única arma con que se podia batirle, y de usarla sin enseñarla. La Providencia, que sin duda habia condenado á Napoleon en sus inexcrutables designios, la Providencia, que en las extremidades de la Peninsula le habia reservado por adversario un espíritu firme y sensato, sólido como las rocas de Torres-Vedras, que tal era lord Wellington, le reservaba en las profundidades de la Rusia, no un

carácter incontrastable, como se necesitaba en las extremidades de la Península, donde no era posible el retroceso, sino un antagonista astuto y paciente, flexible como el espacio en que había que engolfarse, sabiendo á la vez ceder y resistir, capaz, no de vencer, pero sí de engañar á Napoleon, y de vencerle por engañarle. No opone iguales al genio la Providencia cuando ha resuelto castigarle, sino inferiores, instrumentos bien elegidos de la fuerza de las cosas, como si quisiera castigarle mas vigorosamente, haciéndole sucumbir ante adversarios que no se le acercan ni con mucho.

Así, pues, el viejo Kutusof era el segundo adversario que iba á detener á Napoleon á la otra extremidad del continente europeo, y forzoso es reconocer que jamás la pasión popular, en sus manías irreflexivas, se había engañado menos que al designar á Kutusof para la elección del emperador de Rusia. Cuando decimos la pasión popular, no pretendemos dar á entender que el populacho de San Petersburgo se sublevó para imponer una elección á Alejandro, bien que el puebló semi-bárbaro de aquellas comarcas tomara una parte considerable y legítima en las circunstancias del momento; pero la pasión puede tener carácter popular hasta en una corte. De seguro lo tiene, cuando cuerdos y locos, mozos y ancianos, hombres y mujeres, exigen una cosa sin saber por que, la exigen por un nombre, por recuerdos mal apreciados, y casi nunca por las buenas razones que podrían ser alegadas. De esta suerte los círculos mas elevados de la capital, conmovidos por la toma de Esmoleusko, pedían á Kutusof, que desde su vuelta de Turquia se había puesto muy hipócritamente á la cabe-

za de la milicia de San Petersburgo, y se ofrecía así á todas las miradas. Alejandro no tenía en él confianza alguna, solo conservaba impresiones funestas de la campaña de 1803, no le había hallado ni firme ni hábil sobre el terreno, porque no lo era Kutusof realmente, y solo tenía un mérito, muy grande sin duda, el de ser por extremo prudente en la dirección general de una guerra, lo cual no era capaz de reconocer entonces el emperador Alejandro, extraviado como estaba por algunos jóvenes calaveras. Sin embargo, vencido por la opinión, decidióse á elegir á Kutusof para mandar en jefe los dos ejércitos de Bagration y de Barclai quedando estos dos generales por comandantes de cada uno de ellos. Por jefe de estado mayor se le dió el general Benningsen, que había seguido á Alejandro á San Petersburgo, y cuyo carácter, á pesar de infaustas memorias, correspondiera bastante á las pasiones del momento, si llevara un nombre ruso.

Tan luego como fué nombrado, se dirigió el general Kutusof al ejército, y su llegada á Czarewo-Zaimitche fué la que impidió que se diera allí la batalla. Siguiendo de cuartel maestro general el coronel Toll, halló en las cercanías de Mojaisk, á veinte y cinco leguas de Moscou y en un lugar llamado Borodino, una posición tan defensiva como se podía esperar en el país escasamente quebrado, donde se hacía esta guerra; y el general Kutusof, que, aun desaprobando la idea de batirse entonces, se hallaba resuelto á admitir una batalla, para rehusar despues otras muchas, adoptó la elección del coronel Toll, dirigióse personalmente á Borodino, y dispuso que se ejecutaran obras de campaña, para añadir las defensas del arte á las de la na-

turalaza. Quince mil hombres acababa de llevar allí el general Miloradowitch de los batallones de depósito y de reserva, que debían ingresar en los cuadros del ejército. Igualmente acababan de llegar cerca de diez mil hombres de las milicias de Moscú, armados de picas y todavía sin uniforme. Este refuerzo hacía subir á un efectivo de ciento cuarenta mil hombres el ejército ruso, muy debilitado, no solo por los combates de Esmolensko y de Valoutina, sino también por las continuas marchas, en las cuales padecía casi tanto como nosotros, aunque estaba perfectamente alimentado. Establecido así en Borodino el viejo Kutusof detrás de trincheras de tierra, aguardaba á Napoleón con aquella resignación de la prudencia, que, al cometer una falta, la comete porque es necesaria, y solo piensa en disminuir todo lo posible sus daños.

Estos pormenores conocidos por Napoleón en globo, gracias al uso que sabía hacer del espionaje, le persuadieron que más allá de Ghjat encontraría al ejército ruso apercibido á la pelea. Sin embargo los días 1, 2 y 3 de setiembre hizo un tiempo tan horroroso que hubo de vacilar en su resolución un instante. Todos se lamentaban en el ejército del estado de los caminos, por los cuales nuestra artillería y nuestros equipages rodaban tan fácilmente poco antes, y que las últimas lluvias habían transformado de súbito en una especie de pantano. A millares morían los caballos de inanición y de fatiga: la caballería menguaba á vista de ojo, y lo peor era que podía temerse por los transportes de la artillería, sin la cual se imposibilitara de todo punto una gran batalla. Frios é incómodos se habían hecho los bivaques, y dañosos á la salud

de los hombres. Napoleón culpaba de ello á sus lugartenientes. Con viveza había reconvenido al mariscal Ney, que perdía cotidianamente algunos centenares de soldados. Colocado su cuerpo entre el del mariscal Davout, que se hallaba provisto á medias por la extremada prevision de su jefe, y la Guardia, cuyas provisiones la seguían en carros, estaba reducido á vivir de lo que recogía, y se debilitaba tanto por el merodeo como pudiera por una sangrienta batalla (1). Vengóse el mariscal ponien-

(1) Este cargo sobrado injusto, pues el mariscal Ney no podía gran cosa, se halla contenido en una carta que trasladamos, porque revela el verdadero estado del ejército. La copiamos de la minuta de los archivos con todas sus incorrecciones.

«Ghjat 5 de setiembre de 1812.

«Al mayor general.

«Primo, escribid á los generales con mando de cuerpos de ejército que todos los días perdemos mucha gente, á causa de la falta de orden que existe en el modo de ir á buscar subsistencias; que urge que se concierten con los diferentes jefes de cuerpo las providencias que haya que tomar para poner término á un estado de cosas que amenaza al ejército con su destrucción; que sube á muchos centenares el número de prisioneros que nos coge todos los días al enemigo; que conviene prohibir bajo las penas más severas que se extravíen los soldados, y enviar en busca de víveres como prescribe la ordenanza que se haga respecto de los forrages, por cuerpos de ejército cuando el ejército se halla reunido, y por divisiones cuando está separado; que un oficial general ó superior debe mandar el forrage para los comestibles, y una fuerza bastante debe proteger la operación contra los paisanos y los cosacos; que, en cuanto se pueda, siempre que se encuen-

do con razon de manifiesto las penalidades de esta marcha larga en demasia, y escribiendo á Napoleon que no se podia seguir adelante, sin exponerse á que el ejército pereciese. A Ney se unió Murat, quien tenia sobre si no escasa parte de los males que originaban tales quejas. Berthier, que ya no se atrevia á decir palabra, confirmó su testimonio con un mustio silencio, y Napoleon respondió ya casi vencido.—Pues bien, nos detendremos, si el tiempo no cambia mañana.—Lo cual significaba que venia el principio de la mala estacion y retornaria á Esmolensko. Nunca el favor de la fortuna, que le deparó ora la bruma, entre la cual se escapó su flota de Nelson cuando iba á Egipto, ora el pequeño camino por donde pudo girar en torno del fuerte de Bard, ora el sol de Austerlitz, resplandeciera de un modo mas visible que enviándole ahora tres ó cuatro dias mas de malísimo tiempo. ¡Ah, la

tren habitantes, se les pida lo que hayan de suministrar, sin causar al país mas daño; por último que este objeto es tan importante que en bien de mi servicio espero del celo de los generales y de los gefes de cuerpo la adopcion de todas las providencias capaces de poner término al desorden de que se trata. Escribireis al rey de Nápoles, que manda la caballería, que es indispensable que esta cubra enteramente á los forrageadores, y ponga así á los que vayan á buscar víveres á cubierto de los cosacos y de la caballería enemiga. Recomendareis al príncipe de Eckmül que no se aproxime á mas de dos leguas de la vanguardia: le hareis conocer que esto es importante para que los forrageadores no vayan á buscar víveres demasiado cerca del enemigo. *En fin dareis á entender al duque de Elchingen que todos los dias pierde mas gente que si se diera batalla;* que de consiguiente es necesario que se arregle mejor el servicio de los forrageadores, y que no se alejen tanto.»

fortuna no le amaba ya lo bastante para depararle una contrariedad de esta especie! A la mañana del 4 de setiembre salió el sol radiante, al par que soplabá un viento fuerte y capaz de secar los caminos en algunas horas.—La suerte esta echada! exclamó Napoleon. ¡Marchemos, vamos al encuentro de los rusos!.... Y prescribió á Murat y á Davout que partieran á eso de medio dia, cuando estuvieran secos por el sol los caminos, y que se dirigiesen á Gridnewa, que media la distancia entre Ghjat y entre Borodino. Todo el resto del ejército tuvo orden de seguir el movimiento de la vanguardia.

Con efecto marcharon todos, obedeciendo al destino, y fueron á pernoctar á Gridnewa. Al otro dia, 5 de setiembre, se pusieron de nuevo en marcha, y se encaminaron hácia la llanura de Borodino, lugar destinado á ser tan famoso como los de Zama, Farsalia ó Accio. En el camino encontraron una célebre abadía, la de Kolotskoi, enorme edificio flanqueado de torres, y cuyas tejas coloradas contrastaban con el tinte sombrío del paisaje. Muchos dias hacia que marchábamos sobre las elevadas mesetas, que separan las aguas del Báltico de las del mar Negro y el Caspio, y á partir desde Ghjat, se empezaban á descender las vertientes, desde donde el Moskowá á la izquierda, el Protwa á la derecha, se lanzan por el Oka al Volga, y por el Volga al mar Caspio. Efectivamente el suelo se inclinaba al parecer hácia el horizonte, y se cubria de una banda de selvas espesas. Medio velado el cielo por ligeras nubes de otoño acababa por dar á esta llanura un aspecto triste y salvaje. Todas las aldeas estaban incendiadas ó desiertas. Solo quedaban en la abadía de Kolotskoi algunos monges.

Dejóla el ejército á la izquierda y metióse por la llanura, siguiendo el curso de un riachuelo medio seco; el Kolocza, que rectamente corria delante de nosotros, es decir, hácia el Este, direccion en que no habíamos cesado de andar desde el paso del Niemen. Algunas retaguardias de caballería, despues de cierta resistencia vencida pronto, se lanzaron hácia la derecha del Kolocza, y corrieron á agruparse á la falda de una colina fortificada, donde se hallaba un grueso destacamento como de quince mil hombres de todas armas.

Napoleon se detuvo á contemplar esta llanura, donde se iba á decidir la suerte del mundo. Delante de nosotros y rectamente corria el Kolocza, segun se ha dicho, sobre un lecho alternativamente sangoso ó seco: junto á Borodino tuerce á la izquierda, durante una legua baña el pie de alturas bastante escarpadas, y despues de mil rodeos acaba por perderse en el Moskowa. A nuestra izquierda las alturas, cuyo pie baña el Kolocza, parecian cubiertas de tropas y de artillería. A la derecha de este riachuelo continuaba la cordillera de cumbres, si bien menos escarpada, marcando su falda simples barrancos. La línea del ejército ruso seguia esta prolongacion de cumbres: siendo alli menos fuerte el sitio de suyo, eran mas considerables las obras, y grandes reductos armados de cañones coronaban las eminencias del terreno. Al primer golpe de vista se conocia que por este lado se necesitaba atacar á los rusos, porque habia solo que cruzar barrancos y no el Kolocza. Sin duda los reductos que se divisaban muy bien armados oponian un obstáculo grave, mas no ciertamente invencible para los franceses.

Sin embargo para trasladarse á la derecha del Kolocza, se hallaba el primer tropiezo en un reducto mas avanzado que los demas y construido sobre una colina, á la cual se habia replegado la retaguardia rusa. Napoleon creyó necesario tomarlo sin demora, con el fin de poderse establecer bolgadamente sobre aquella parte del llano, y adoptar allí sus disposiciones para la gran batalla. A la mano tenia la caballería de Murat, y la hermosa division de infantería de Compans, destacada momentáneamente del cuerpo del mariscal Davout para servir en la vanguardia. Napoleon hizo llamar á Murat y á Compans, y encomendóles que se apoderaran de seguida de este reducto, llamado de Schwardino, porque se alzaba cerca de la aldea de este nombre. Murat con su caballería, Compans con su infantería habian ya pasado el Kolocza y se encontraban á la derecha de la llanura. Se aproximaba la caida de la tarde. Los escuadrones de Murat forzaron á la caballería rusa á replegarse, y limpiaron así el camino delante de nuestra infantería. Sobre un montecillo que se elevaba enfrente del reducto que iba á ser atacado, situó el general Compans sus piezas de á 12 y algunos tiradores escogidos, para desmontar la artillería contraria derribando á sus artilleros. Despues de un cañoneo muy vivo el general Compans desplegó los regimientos 57.º y 61.º de línea á la derecha, y los 25.º y 441.º á la izquierda. Primeramente se necesitaba descender á un pequeño barranco, y despues tornar á subir al lado opuesto, sobre el cual estaba construido el reducto, y no solo tomarlo, sino desbaratar á la infantería rusa alineada en batalla de un lado á otro. Dirigiendo personalmente el general Compans los

regimientos 57.º y 61.º y fiando al general Dupe-llin el 25.º y el 111.º, dió orden de cruzar el barranco. Nuestras tropas avanzaron pronta y serenamente bajo un fuego muy nutrido. Cubiertas en el fondo de la quebrada, cesaban de estarlo al trepar la cuesta que coronaba el reducto. Llegadas á la cumbre cambiaron con la infanteria rusa descargas extremadamente mortíferas de fusileria por espacio de algunos instantes y casi á boca de jarro. Juzgando el general Compans muy fundadamente que seria menos sangriento un ataque á la bayoneta, dió la señal para la carga; pero entre el estruendo y el humo, su orden fué mal entendida. Al notarlo trasladóse á todo galope hácia el regimiento 57.º, como el mas cercano al reducto, y puesto á su cabeza le condujo á bayoneta calada sobre los granaderos de Woronzoff y del príncipe de Mecklenburgo. Lanzado el 57.º á paso de carga rompió la línea enemiga que se le oponia delante: su ejemplo imitó el 61.º que estaba á su lado, y haciendo otro tanto el 25.º y el 111.º á nuestra izquierda, hallóse el reducto rebasado por este doble movimiento, lo cual le hizo caer en nuestras manos. Casi todos los artilleros rusos murieron sobre sus cañones.

Pero habiéndose adelantado mucho el regimiento 111.º hácia la izquierda, fué atacado repentinamente por los coraceros de Douka y puesto un instante en peligro. Inmediatamente se formó en cuadro, y con una granizada de balas detuvo á los valerosos ginetes que se le acababan de echar encima. Un regimiento español de infantes, llamado de José Napoleon, y que pertenecia á la division del general Compans, corrió bravamente en auxilio de sus camaradas, pero no tuvo que hacer nin-

gun esfuerzo, á causa de bastar el 111.º á libertarse por sí solo. Sin embargo tuvo un pesar el 111.º y fué el de perder su artilleria regimentaria, compuesta de dos cañoncitos, que no pudo traer consigo, al replegarse para formar en cuadro. Nueva prueba era esta de los vicios de institucion semejante, que absorbia por regimiento un centenar de hombres, los cuales fueran de mas provecho en las filas de la infanteria que agregados á piezas que servian malamente, y que no sabian llevar adelante, ni retirar á tiempo. Napoleon se habia obstinado en que esta institucion se conservara, á pesar de sus inconvenientes notorios, porque consideraba la artilleria como el medio menos costoso de destruir á la infanteria rusa.

Este combate corto y glorioso, en que sucumbieron de cuatro á cinco mil hombres por nuestra parte, y de siete á ocho mil por la del enemigo, nos hizo señores de toda la llanura á la derecha del Kolocza, y Napoleon se apresuró á establecer el ejército sobre ella. Solo se destinaron para permanecer á la izquierda del Kolocza las tropas que aun no habian llegado. La actitud de los rusos, en posicion de dos dias atrás sobre las alturas de Borodino, las obras con que estaban cubiertos, los informes de los prisioneros, todo corroboraba la certidumbre de que al fin se iba á tener la batalla, deseada á la vez por los franceses, que esperaban sacar de ella un resultado decisivo, y por los rusos, que estaban avergonzados de retirarse de continuo y cansados de arruinar su pais á fuerza de incendiarle. No pudiendo ya dudar Napoleon de esta batalla, creyó deber tomar un dia entero de reposo, ora para allegar á los hombres que se ha-

bian quedado á la espalda, ora para reconocer maduramente el terreno. Anunciada su intencion á los gefes de cuerpo, bivaqueóse de derecha á izquierda de esta vasta llanura, con la perspectiva de un completo descanso al dia siguiente, y de una espantosa batalla al otro. Se encendieron grandes hogueras, y se necesitaban de seguro, pues caía una menuda y fria lluvia que recalaba los vestidos. Asi acabó el dia 5 de setiembre.

Al amanecer del 6, el sol, que no se mostraba radiante sino á medio dia, velándole nubes así por las mañanas como por las tardes, iluminó de nuevo millares de cascos, de bayonetas, de cañones sobre las alturas de Borodino, y satisfizo el descubrir siempre en posicion á los rusos, y evidentemente determinados á la pelea. Napoleon, que habia bivaqueado á la izquierda del Kolocza y en medio de su Guardia, montó desde muy temprano á caballo rodeado de sus mariscales, para practicar por sí mismo el reconocimiento del terreno, sobre el cual se iba á medir con los rusos.

Despues de recorrerle con la mayor atencion dos veces y de echar á menudo pié á tierra, para observar mas de cerca los lugares, afirmóse en la idea, concebida desde el primer instante, de descuidar la izquierda, donde la posicion de los rusos, fuertemente escarpada, se hallaba protegida desde Borodino por el lecho profundo del Kolocza, y trasladarse á la derecha, donde las colinas menos salientes estaban defendidas por barrancos sin profundidad y sin agua. El camino real de Moscou, seguido por nosotros, se dilataba á la izquierda del Kolocza hasta Borodino, y allí pasaba á la derecha, y elevandose por encima de la meseta de Gorki,

atravesaba la cordillera de cumbres, para caer sobre Mojaisk. Esta parte de la posicion, que formaba su centro, era tan poco accesible como la parte de la izquierda. Alejandose de Borodino y trasladándose á la derecha del Kolocza, empezaba á ser el terreno mas abordable. A la derecha de Borodino el primer montículo estaba cubierto de espesa maleza á su falda, terminaba en forma de meseta bastante espaciosa en su cima, y sobre ella tenia un reducto vasto, cuyos lados se prolongaban en cortinas. Veinte y una bocas de fuego de grueso calibre llenaban sus troneras. No habian tenido los rusos tiempo de empalizarlo, y su relieve no era muy saliente á causa de ser poco sólido el terreno. En la batalla memorable que se preparaba, debia recibir el nombre de gran reducto. Otro montículo se hallaba, declinando todavía mas á la derecha, separado del primero por un pequeño barranco, llamado de Semenoffskoie, porque, al remontarlo, se hallaba en su origen la aldea de este nombre. Este segundo montículo, menos ancho y mas saliente que el primero, tenia encima dos flechas, erizadas tambien de cañones, y otra al respaldo y de cara al barranco de Semenoffskoie. Esta aldea, situada en el nacimiento del barranco que separaba los dos montecillos, habia sido previamente incendiada por los rusos, ceñida de una cerca de tierra y armada de cañones. Hasta cierto punto formaba ángulo entrante en la linea enemiga. Finalmente mas á la derecha se extendian bosques á lo lejos, unos de tallares, otros de alto arbolado, y por medio de ellos se divisaba el camino antiguo de Moscou, que por la aldea de Outitza iba á juntarse con el nuevo en Mojaisk. Posible fuera coger

por aquel lado la vuelta en su posición á los rusos; pero aquellos bosques eran hondos, escasamente conocidos, y se necesitara de un larguísimo rodeo para penetrar en su espesura.

Habiendo fijado Napoleón sus ideas, después de esta inspección de los lugares repetida muchas veces, resolvió no dejar más que muy pocas fuerzas á la izquierda del Kolocza, ejecutar un ataque bastante formal hacia el centro por Borodino, por el camino nuevo de Moscou, á fin de atraer allí la atención del contrario, y dirigir su principal esfuerzo hacia la derecha del Kolocza, tanto sobre el primer montecillo, coronado por el gran reducto, como sobre el segundo que tenía encima las tres flechas, y encaminar por entre los bosques al mismo tiempo y hacia el antiguo camino de Moscou el cuerpo del príncipe Poniatowski, el cual siempre había formado la extrema derecha del ejército. Su intención era que sobre este punto desembocara una fuerza inquietadora para los rusos, y más inquietadora aun si por allí salía bien el ataque.

Mientras ordenaba estas disposiciones, el mariscal Davout que, metiéndose por los bosques, acababa de operar un exacto reconocimiento de los lugares, y se había así convencido de la posibilidad de coger la vuelta de la posición á los rusos, ofreció á Napoleón ejecutar con sus cinco divisiones el rodeo que conducía al antiguo camino de Moscou por entre los bosques, prometió que, partiendo de noche, estaría sobre el flanco de los rusos á las ocho de la mañana con cuarenta mil hombres, que los arrollaría sobre su centro, y los arrojaría en tropel al ángulo formado por el Kolocza y el Moskowa. Aunque el Kolocza estaba seco por muchos

puntos, y el Moskowa, sin estar seco, era vadeable, les fuera difícil salir de semejante atolladero y no salvaran ni un cañón de seguro.

Seductora era la propuesta y de éxito probable, porque la posición de los rusos, casi inatacable hacia su derecha y su centro, bastante defendida hacia su izquierda por los reductos ya descritos, no era de fácil acceso más que hacia la extrema izquierda, por los bosques de Outitza, y estos bosques no se podían suponer impenetrables, cuando un hombre tan exacto como el mariscal Davout se comprometía á atravesarlos durante la noche. Sin embargo, Napoleón juzgó de otra suerte. Le pareció que este rodeo sería muy largo; que se ejecutaría por entre bosques muy espesos, muy oscuros; que durante algunas horas el ejército estaría cortado en dos porciones muy distantes una de otra, y sobre todo que el efecto tan decisivo de la maniobra sería, por sus mismas ventajas, un inconveniente grave, pues, viéndose los rusos cogidos así por la vuelta, quizá levantarían el campo, y con ellos se huiría otra vez la ocasión tan deseada de una batalla; que era preferible pagarla con más sangre, á tal de tenerla, que consumirse indefinidamente corriendo por alcanzarla; que, á mayor abundamiento, se ejecutaría la propuesta maniobra, si bien más de cerca, con menos azares, pasando entre los reductos y el linde del bosque con dos ó tres divisiones del mariscal Davout y no arriesgando en la espesura de los bosques más que el cuerpo del príncipe Poniatowski, y que de este modo se tendrían todas las ventajas de la idea propuesta sin ninguno de sus inconvenientes.

Tal fué el sentir de Napoleón sobre lo que el

mariscal Davout propuso. ¿Quién se atreve á fallar entre semejantes contradictores, despues de transcurrido medio siglo, lejos de los lugares y de las circunstancias? Sea como quiera, habiendo fijado Napoleon su plan irrevocablemente, distribuyó su tarea á cada uno de sus lugartenientes del modo que sigue.

El príncipe Eugenio, que desde Esmolensko habia formado siempre la izquierda del ejército, fué el único encargado de operar á la izquierda del Kolocza, y aun tuvo instrucciones para no hacerlo por este lado sino con la menor porcion de fuerzas. Debjó dejar su caballeria ligera y la Guardia italiana delante de las alturas, que hacian inaccesibles su escarpe y el Kolocza, y prescribiósele que con la division francesa de Delzons ejecutara un vivo ataque sobre Borodino y lo tomara, y cruzara el puente del Kolocza, no empeñándose mas lejos, y situando sobre el mismo Borodino una fuerte bateria que cogiera de flanco el gran reducto ruso. Con la division francesa de Broussier y dos de las divisiones del mariscal Davout, que se le confiaban durante el dia, las de Morand y Gudin, habia de atacar á fondo el gran reducto y de ganarlo á toda costa. El mariscal Ney, con las dos divisiones francesas de Ledru y de Razout, con la division wurtembergesa de Marchand y los westfalianos de Junot, debia asaltar de frente el segundo montecillo y las tres flechas, que el mariscal Davout tenia orden de atacar de flanco por el linde de los bosques con las divisiones de Compans y de Dessaix. Finalmente el príncipe Poniatowski, lanzado como niño perdido á la espesura de los bosques, debia tratar de coger la vuelta de la posicion de los rusos, desembocando

por el antiguo camino de Moscou sobre Outitza.

Los tres cuerpos de caballeria de Nansouty, de Montbrun y de Latour-Maubourg, recibieron instrucciones para mantenerse, el primero detrás del mariscal Davout, el segundo detrás del mariscal Ney, y finalmente, el tercero en reserva. Pasado el borde de las alturas, se iban á encontrar sobre mesetas muy practicables para la caballeria, y aprovechándolas esta, debia llevar á remate la derrota del enemigo. El cuerpo del general Grouchy continuó agregado al virey.

Detrás y en reserva, fueron colocadas la division de Friant y la Guardia Imperial, para operar segun lo requirieran las circunstancias. Queriendo Napoleon contrabatar los reductos de los rusos, hizo construir tres baterias con espolones de tierra, una hácia nuestra derecha y delante de las tres flechas, otra hácia nuestro centro y delante del gran reducto, y la tercera hácia nuestra izquierda y delante de Borodino. Cien bocas de fuego, sacadas principalmente de la reserva de la Guardia, estaban destinadas al armamento de estas baterias. Para que el enemigo no penetrara el secreto de su plan de ataque, resolvió Napoleon que el ejército pasara todo el dia 6 en las mismas posiciones ocupadas el dia antes. Nadie debia de tomar su puesto en la linea de batalla hasta la madrugada del 7, y exactamente al despuntar el alba. Para facilitar las comunicaciones, los generales Eblé y Chasseloup habian construido sobre el Kolocza cinco ó seis puentecillos de caballetes, que permitian pasarlo por los puntos mas importantes, sin bajar á su lecho fangoso y encajonado. Como cada cual se pudo proporcionar víveres con el mérodeo de la antevispera, nadie es-